

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BLIZZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

Los Hijos del Vacío

Por Matt Burns

Un observador camuflado sobrevolaba los cielos silenciosos de Shakuras. Era uno de los muchos drones automatizados que patrullaban el planeta día y noche. Este en particular vigilaba una pequeña sección en el corazón de la capital, Talématros.

La ciudad se extendía por kilómetros en todas direcciones, una inmensidad de metal y piedra que parecía una enorme piel de reptil. De la superficie emergían miles de espiras puntiagudas. Una capa de niebla densa esparcía y refractaba la luz de los cristales de iluminación que salpicaban el paisaje de la ciudad. A esa hora de la noche estaba todo tranquilo. La mayoría de los protoss de Aiur y los nerazim que vivían en Talématros dormían. Los únicos movimientos que detectaba el observador eran los de los centinelas y los de otros drones de seguridad que patrullaban otras partes de la ciudad.

La matriz de sensores protuberante del observador giraba de un lado a otro como un ojo de insecto gigante, registrando estos movimientos. El dron determinó que la mayor parte de lo que veía era irrelevante. Su principal propósito era proteger a los residentes de Talématros de cualquier posible amenaza. Y eso incluía el peligro que representaban los propios conciudadanos.

El observador no tenía la capacidad de comprender las sutilezas de la relación entre los nerazim y los protoss de Aiur, ni tampoco los motivos por los que la tensión entre ellos había alcanzado niveles inusitados en los últimos tiempos. El dron tenía una sola función: ayudar a preservar el Daelaam, el gobierno unificado.

Como no detectaba nada fuera de lo ordinario, el observador dio la vuelta para volver a comenzar su ruta preprogramada. Fue en ese momento que detectó la anomalía. Algo había cambiado en la Ciudadela, la sede del Daelaam. No había sonado ninguna alarma en el edificio pero, de pronto, los centinelas se habían desactivado.

Un propulsor de campo gravitatorio impulsó al observador hacia la Ciudadela para investigar. La estructura piramidal se alzaba sobre la niebla que escondía buena parte de la ciudad. Patrones geométricos intrincados cruzaban la superficie brillante de aleación del edificio, que se apoyaba sobre un disco gigante y, durante el día, muchas veces levitaba y levantaba toda la estructura en el aire. Pero por la noche, el disco descansaba en el suelo. Un estandarte largo colgaba de una de las ventanas cercanas a la cima de la Ciudadela. El género tenía bordados en hilo dorado brillante cuatro círculos en equilibrio: el símbolo del Daelaam.

El observador frenó en el aire a unos metros de la ventana. Interrogó a los centinelas que estaban apostados dentro del edificio. No respondieron.

Alguien se movió del otro lado de la ventana. Alguien oculto por un campo de camuflaje. Los sensores del observador veían a través del camuflaje. La figura era un hombre nerazim. Tenía los ojos verdes, no azules como los protoss de Aiur. Los cordones neurales que le crecían de la nuca estaban cortados, tal como indicaba la costumbre nerazim. Pero el observador no podía establecer la identidad del extraño. Tenía la cara escondida tras una máscara confeccionada con el cráneo de un hidralisco.

Una cuchilla de transposición se encendió en el guantelete protector que el protoss llevaba en la muñeca y describió un arco cerrado contra la parte externa del marco de la ventana. El estandarte del Daelaam cayó, liberado de las ataduras que lo ligaban al edificio. Se enrolló ligeramente mientras desaparecía en la niebla ondulante.

De la ventana cayó un nuevo estandarte. Este era de color verde y se veía que los bordes estaban desgastados y deshilachados. Tenía veintisiete cristales violetas bordados a todo lo largo.

El nerazim miró el cielo y sus ojos luminosos se posaron en el observador camuflado. El dron debería haber sido invisible, a menos que el extraño hubiera emplazado sus propios dispositivos de vigilancia en la Ciudadela. Quizás era así. El dron detectó fuentes de energía activas dentro del edificio, pero no pudo determinar su propósito.

Consciente de que lo habían detectado, el observador comenzó a alejarse de la ventana. Pero ya era demasiado tarde. El nerazim salió de su escondite y atravesó la carcasa de metal del dron con su cuchilla.

El observador solitario cayó en picada desde el cielo dejando un camino serpenteante de humo a su paso y se desvaneció en la niebla.

Vorazún plantó su báculo en el suelo y cerró los ojos mientras la plataforma de transporte aceleraba y la llevaba desde un nivel bajo de Talématros hasta el más alto de todos.

Los recuerdos volvieron a surgir. Una grabación holográfica de una nave de transporte nerazim que se estrellaba contra un escuadrón de fénix de los protoss de Aiur sobre Shakuras. Los escudos se rompían. Las carcasas de metal y los cuerpos se desintegraban. Los gritos psiónicos de dolor se apagaban mientras los veintisiete nerazim en el transporte se volvían uno con la noche eterna.

Vorazún había visto la grabación tantas veces que era lo único que veía cuando cerraba los ojos, lo único que veía en sus sueños. Volvió a preguntarse si podría haber prevenido la tragedia. Siempre se había opuesto a que los nerazim se unieran al ejército daelaam

unificado, la Armada Dorada. ¿Pero debería haber hecho más para impedir que su gente participara? Y en ese caso, ¿esos veintisiete todavía estarían vivos?

¿Y habría sucedido este incidente en la Ciudadela?

—¿Quién más sabe sobre esto? —Vorazún abrió los ojos y proyectó sus pensamientos en el sistema de enlace psiónico que tenía en su guantelete. En la plataforma de transporte, el aire se agitaba y sacudía su manto y su velo violetas con violencia.

—Sólo unos pocos además del Jerarca Artanis y la Ejecutora Selendis —respondió Zahan por el enlace—. Estaban supervisando maniobras con la Armada Dorada en otra parte del sistema solar cuando oyeron las novedades. Les llevará una hora llegar a Shakuras. Entretanto, han enviado a Mohandar y a un puñado de zelots para vigilar la Ciudadela... Los demás miembros de la Jerarquía no están enterados.

—Yo incluida, pero eso no me sorprende.

Vorazún entendía por qué Artanis no se había puesto en contacto. Ella era su crítica más franca de la Jerarquía. Artanis y los demás protoss de Aiur en el gobierno siempre habían lamentado las marcadas "tendencias nerazim" de Vorazún cada vez que se oponía a las actividades del Daelaam. Con su filosofía colectivista, los protoss de Aiur eran incapaces de entender por qué alguien discutiría contra la mayoría. Con demasiada frecuencia, sacrificaban el sentido común en el altar de la conformidad.

La tensión entre Vorazún y Artanis no había hecho más que incrementar en los últimos tiempos, después de la ausencia de Artanis en los ritos funerarios de los veintisiete nerazim. Según sus consejeros, estaba demasiado ocupado con la Armada Dorada.

Demasiado ocupado. La sola idea llenaba de ira a Vorazún. ¿Cómo Artanis podía esperar ganarse su confianza —la confianza de los nerazim— si no podía hacerse tiempo para honrar a los muertos?

—Lo que *sí* me sorprende es que no les haya avisado a los demás miembros de la Jerarquía —dijo Vorazún—. Parece que quiere mantener el incidente en secreto. Quiere resolverlo antes de que la ciudad despierte.

Toda la actitud era extraña y poco ortodoxa para un protoss de Aiur. Artanis sólo había llamado a Mohandar, el líder de los nerazim, para que lo ayudara a lidiar con la situación.

—Es una decisión sabia. Los protoss de Aiur no estarán contentos si descubren que los nerazim han tomado la Ciudadela —respondió Zahan—. No después de los acontecimientos recientes.

Cientos de nerazim habían abandonado la Armada Dorada después del incidente. Muchos protoss de Aiur estaban furiosos, pues veían las deserciones como actos de traición, y eso había llevado a pequeñas situaciones de violencia entre los miembros de las dos sociedades protoss. La relación entre los dos grupos siempre había sido tensa. Pero la muerte de los veintisiete había despertado algo oscuro que los impulsaba a revivir rencores que, hasta entonces, habían permanecido dormidos.

—¿Conoces las identidades de los responsables? —preguntó Vorazún.

—Me temo que no. Lo lamento. Te he fallado.

—En absoluto. Hiciste todo lo que estuvo en tu poder, amigo Zahan.

Pocos de sus leales eran tan ingeniosos y confiables como Zahan. El protoss era parte de una red de inteligencia que trabajaba para Vorazún a fin de recabar información sobre los nerazim de Talématros y sobre cualquier tipo de problema que hubiera entre ellos y los protoss de Aiur. Si no hubiese sido por Zahan, Vorazún nunca se habría enterado sobre la situación en la Ciudadela.

Y eso por sí solo ya preocupaba a Vorazún. Ella alentaba la libertad de expresión en su pueblo. La mayoría de los nerazim iban a pedirle aprobación cuando planeaban protestas contra el Daelaam o contra Artanis. Quizá los que habían tomado la Ciudadela habían dado por sentado que ella no estaría de acuerdo. Tomar la sede de poder del gobierno era excesivo, hasta para Vorazún. ¿Pero podía culparlos por haber seguido adelante de todos modos?

No. No podía. No después de todo lo que había pasado. La decisión de Artanis de no participar en los ritos funerarios era sólo una parte del problema. Después del incidente, tanto él como los demás protoss de Aiur habían seguido adelante con las preparaciones de la Armada Dorada como máquinas frías y calculadoras. Ni siquiera habían tomado medidas para prevenir este tipo de incidentes en el futuro. Para ellos, lo único importante era terminar la Armada y lanzar su gran misión para recuperar Aiur de las garras de los zerg. En la mente de esos miembros de la Jerarquía, ¿qué importaban esas veintisiete muertes cuando estaba en juego el destino de toda la raza?

—¿Cómo deberíamos proceder? —preguntó Zahan.

Vorazún analizó la cuestión mientras la plataforma desaceleraba y frenaba suavemente al llegar a destino. Salió de la cámara de transporte a la niebla persistente y el aire helado de la noche. Sabía que no podía cambiar el pasado. No podía salvar a esos veintisiete. Lo único que podía hacer era impedir que más de los suyos murieran muertes innecesarias.

—Yo me encargaré en persona. Los dos sabemos que no podemos confiar en Mohandar para esto.

La estatua de la difunta Matriarca Raszagal se elevaba sobre Mohandar. El nerazim, ya anciano y encorvado, miraba fijo la efigie de la exgobernante, la líder que había abierto las puertas de Shakuras a los protoss de Aiur tras la caída de su mundo natal a manos de los zerg. Así, Raszagal había plantado los cimientos del Daelaam y cambiado el destino de los nerazim para siempre. La estatua le devolvía la mirada con el mismo estoicismo y la misma calma que la Matriarca siempre había mostrado en vida.

Un escalofrío recorrió a Mohandar, que quitó los ojos de la estatua. Había algo en el aire esa noche. Él nunca había sido sensible a las premoniciones, no como Raszagal, pero una sensación de intranquilidad intensa le aferraba el alma con dedos de hielo. Sus alrededores temblaban de discordia. La oscuridad del cielo crepuscular parecía infinita y despiadada en su profundidad.

Se preguntaba si los diez zelots de Aiur que patrullaban el perímetro de la Ciudadela también lo sentirían. Marchaban de a pares por el patio externo del edificio, atentos a cualquiera que se acercara. Aun a través de la cortina de gasa de la niebla, sus armaduras brillaban en trazas de blanco y dorado. Los zelots no hablaban mientras cumplían con su deber, o por lo menos Mohandar no los oía. Pero sabía que compartían pensamientos y emociones a través del Khala, el enlace mental común que unía a todos los protoss de Aiur.

Mohandar envidiaba la juventud de los zelots. Cambió la distribución del peso cuando otra ola de dolor se extendió desde sus articulaciones gastadas. Después de tantos siglos de vida, le resultaba difícil estar de pie durante mucho tiempo. En momentos como este, se alegraba más que nunca de ser nerazim y no tener el Khala; de lo contrario, todos sabrían el dolor que sentía.

—¿Mohandar? ¿Tienes algo más que agregar respecto a este asunto? —preguntó el Jerarca Artanis a través del sistema de enlace psiónico que Mohandar tenía en su guantelete.

El pulso de Mohandar se aceleró. Otra vez se había perdido en sus pensamientos. Artanis y la Ejecutora Selendis estaban camino a Shakuras, y lo habían contactado para ultimar los detalles del plan para expulsar a los rebeldes nerazim de la Ciudadela.

Artanis debió haber percibido la confusión de Mohandar, porque acto seguido dijo:

—Expulsar a los nerazim antes de que despierte el resto de Talématros es nuestro objetivo principal. No podemos perder un segundo. Selendis y un grupo de zelots se infiltrarán en la Ciudadela para capturar a los rebeldes. Me asegura que no habrá derramamiento de sangre.

—Sí —respondió Mohandar rápidamente, ahora que recordaba lo que habían estado hablando.

Se sentía inútil, y no por primera vez esta noche. En los últimos años, sus capacidades mentales se habían ido deteriorando a una velocidad preocupante. No le había dicho a nadie sobre su condición, pero suponía que los demás miembros de la Jerarquía sabían.

—No envidio tu posición —continuó el nerazim anciano—. Pero el plan es atinado si el objetivo es resolver el incidente con discreción.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Nos pondremos en contacto contigo en cuanto lleguemos a Shakuras. Mantennos informados sobre cualquier novedad —dijo Artanis.

—Como ordenes, Jerarca.

Como ordenes. Las palabras le vinieron fácilmente a Mohandar. Se preguntó si Vorazún y los demás nerazim que lo criticaban tendrían razón. ¿Sería cierto que se alineaba demasiado seguido con los protoss de Aiur a expensas de su propio pueblo? ¿Por qué pensaba en estas cosas justamente ahora?

Esto es lo que querías, ¿no, Raszagal? ¿El Daelaam? ¿La raza protoss unificada después de miles de años de separación?, pensó Mohandar mientras su mirada volvía a la estatua de las exmatriarca. Antes de su muerte, Raszagal le había dicho a Mohandar que las cosas no serían fáciles pero que, al final, el cambio sería para mejor.

Un día, mi hija también lo entenderá, había dicho Pero, *para eso, necesitará tu ayuda.*

—¡Mohandar! —Uno de los zelots salió de pronto de entre la niebla y lo saludó golpeándose el pecho con un puño.

—¿Sí? —preguntó Mohandar.

El guerrero señaló la escalera amplia que subía al patio interior de la Ciudadela. Al pie, había una figura erguida, una nerazim atlética vestida con ropajes púrpuras que llevaba un báculo. Tenía uno de los hombros adornado con una calavera de hidralisco, un trofeo proveniente de un zerg que ella misma había asesinado años atrás cuando los extraterrestres habían invadido Shakuras.

Vorazún.

—Yo me encargaré de esto —dijo Mohandar al zelot—. Tú vuelve a tu guardia, joven.

El nerazim anciano avanzó con premura, acompañado por el golpeteo rítmico de su bastón de hueso zerg contra las piedras grises. El dolor volvía a atacarle las articulaciones, pero no vaciló.

Vorazún miraba a Mohandar acercarse. De lejos, la joven le recordaba mucho a Raszagal. Tenía el mismo porte orgulloso, los mismos rasgos delgados y definidos que tantos nerazim consideraban elegantes y hermosos. Pero el parecido terminaba en lo físico. Vorazún no tenía esa tranquilidad interna que Raszagal había poseído. No... los ojos de la hija resplandecían con algo salvaje. Algo peligroso.

—*En taro Adún*, anciano —dijo Vorazún cuando Mohandar llegó a las escaleras.

—*En taro Adún*. —Mohandar seguía perdido en sus pensamientos. No había hablado demasiado con Vorazún desde la discusión que habían tenido después del accidente de la Armada Dorada—. Esperaba verte aquí —dijo finalmente—. En Talématros no pasa nada sin que tú te enteres, ni siquiera a estas horas de la noche.

—Quizás habría sido más fácil si tú me hubieras avisado.

—El Jerarca Artanis quería mantenerlo en secreto —respondió Mohandar.

—También planea enviar a Selendis y a un grupo de zelots a lidiar con los nerazim por la fuerza. ¿Cómo crees que reaccionará nuestra gente cuando se entere? En especial, después de los sucesos recientes. Por lo menos, tendría que haber considerado la opción de incluir guerreros nerazim en el equipo.

Interesante. Estaba mejor informada sobre la situación de lo que Mohandar había creído. ¿Tendría a uno de sus leales monitoreando las comunicaciones por enlace psiónico? No importaba. Hasta Mohandar tenía simpatizantes en la ciudad que lo informaban.

—Artanis lo consideró, pero le pareció mejor usar sólo protoss de Aiur. La toma de la Ciudadela es un acto de traición contra el Daelaam. Podría haber otros nerazim trabajando con los perpetradores... quizás incluso algunos en el ejército. Debemos alinearnos con las decisiones del Jerarca Artanis —dijo Mohandar—. La solidaridad es fundamental.

—El bienestar de nuestro pueblo es fundamental. ¿Te has contactado con los nerazim para ver si tienen algún pedido? —preguntó Vorazún—. Deben haber hecho esto por alguna razón.

—Hasta ahora, no exigieron nada —respondió Mohandar—. Intenté contactarme con quienquiera que esté ahí adentro pero nadie me respondió. Los nerazim han tomado el control de los drones centinela de la Ciudadela y los están usando para sellar las entradas con campos de fuerza.

—Ya veo. —Vorazún se volteó y comenzó a subir las escaleras.

—¿A dónde vas? —Mohandar la siguió laboriosamente.

Vorazún se detuvo y dio vuelta la cara para mirar a Mohandar con un sólo ojo centelleante.

—Artanis y Selendis no llegarán hasta dentro de una hora, ¿no es cierto? Entonces, ¿qué daño puede hacer que volvamos a intentar comunicarnos con los nerazim? Yo no me rendiré tan rápido como tú.

La hija de Raszagal llegó a la cima de las escaleras y la niebla se cerró detrás de ella como para espantar a cualquiera que se atreviera a seguirla.

Un campo de fuerza azul pálido centelleó en la entrada abovedada de la Ciudadela. Otras barreras sobresalían de las ventanas de los niveles superiores del edificio. No había movimiento detrás de los escudos semitraslúcidos.

—Deben saber que estamos aquí —dijo Vorazún, que estaba perdiendo la paciencia.

—No te escucharán. Ningún individuo razonable haría algo así. —Mohandar clavó su bastón en el suelo y removió los restos de un observador que había caído del cielo—. Además, lo único que lograremos abriendo el diálogo es legitimar sus acciones. Quizás alentar a otros a que actúen contra el Daelaam. Vivimos en una sociedad unificada ahora. Tenemos que considerar lo que es mejor para...

—Para nosotros y para los protoss de Aiur —Vorazún completó su idea—. Sabes que yo también apoyo la unidad.

Eso era algo que Artanis y los demás miembros de la Jerarquía aparentemente nunca habían entendido. Que Vorazún criticara al Daelaam no significaba que se opusiera a la unión por completo. Sólo se oponía cuando la unión era a expensas de su gente. Desde el día en que los seguidores del Khala habían huido de Aiur para refugiarse en Shakuras, Vorazún había visto cómo cambiaba su hogar. Había visto al Daelaam extraer recursos del planeta sin piedad para alimentar la maquinaria de guerra de la Armada Dorada. Había visto a jóvenes nerazim abandonar sus antiguas tradiciones y adoptar las de los protoss de Aiur. Había visto su cultura transformarse, degradarse. *Debilitarse*.

El Daelaam se había formado con la promesa de trabajar en pos de la unidad, pero siempre parecía favorecer a los protoss de Aiur. Siempre parecía que eran ellos los que tenían la última palabra, aun en el propio mundo de los nerazim.

—Cada vez que desafías a Artanis, alientas a los demás nerazim a involucrarse en este tipo de intrigas —dijo Mohandar.

Su voz psiónica estaba teñida por una nota de reproche, una sutil insinuación de que ella era en cierto sentido responsable por este incidente. Si hubiera provenido de otra persona, Vorazún habría estado furiosa. Pero le resultaba difícil enojarse con Mohandar. El anciano había sido un gran amigo de su madre. Después de la muerte de Raszagal, Mohandar había ayudado a Vorazún a salir del abismo de pena y dolor que casi la traga entera. Por eso, ella siempre lo tendría en su corazón.

Y esa era la razón por la cual, cuando habían nombrado a Mohandar líder de los nerazim, Vorazún no había protestado. Él era su mayor, y había servido a Raszagal durante muchos años. En los últimos meses, cada vez más nerazim habían comenzado a acudir a Vorazún en busca de liderazgo en lugar de a Mohandar. Algunos incluso pedían que el anciano dimitiera. Pero Vorazún nunca había respaldado esos reclamos, aun cuando a veces ella misma se preguntaba si Mohandar era el mejor líder para su pueblo. Quizá sí... si tan sólo le hiciera frente a Artanis de vez en cuando.

—Los nerazim son libres de hacer su voluntad —dijo Vorazún—. ¿O no es la libertad el pilar de nuestro pueblo? ¿No es eso lo que nos diferencia de los protoss de Aiur?

—Eso y muchas otras cosas. —La voz resonó en la cabeza de Vorazún. No era la de Mohandar. Pertenece a otra persona que ella conocía.

Vorazún giró y tentáculos de niebla se arremolinaron a su alrededor. Encontró al hablante de pie en la otra punta del campo de fuerza. La figura estaba distorsionada por la barrera, una silueta imprecisa de ojos esmeralda brillantes. Pero Vorazún reconoció el tenor de su voz psiónica.

Telus. Uno de sus leales, un guerrero orgulloso que había aprendido de ella las artes del combate y la filosofía. Vorazún se alegró. Telus era alguien que la escucharía.

—Así que tomando el control de la Ciudadela, eh —dijo—. Qué hazaña, joven Telus. Aplaudo tu audacia. Pero es un tanto extremo con los ánimos tan caldeados en la ciudad.

Telus no respondió. Su silencio llenó de inquietud a Vorazún.

—¿Qué es lo que quieres? —Mohandar golpeó el suelo con el bastón para puntear sus palabras.

De nuevo, no hubo respuesta.

Vorazún se acercó a la barrera. Las olas de energía psiónica que irradiaba el campo de energía le entumecieron la piel.

—Entiendo por qué están haciendo esto. Yo estoy tan furiosa como ustedes con la muerte de nuestros guerreros y...

—Ahórrate los pensamientos. —La voz de Telus era áspera, casi bordeando el asalto mental psiónico—. *Las palabras sin acción no son más que una táctica para llevarnos a un falso sentido de la victoria. Una forma de sofocar nuestro fuego hasta que sólo queden brasas. Y si nos abandonamos, los protoss de Aiur de la Jerarquía se saldrán con la suya, pues nosotros habremos olvidados por qué era que luchábamos. ¿Reconoces esas palabras, Maestra Vorazún?*

—Claro que sí. —Vorazún había dicho todo eso hacía más de un año en una reunión con sus leales. Había pronunciado ese discurso en respuesta a la propuesta de la Jerarquía de minar en Naszar, una cordillera sagrada para los nerazim. Durante siglos, el pueblo de Vorazún había viajado a esa región para meditar y entrenar sus capacidades de doblamiento del Vacío. Casualmente, las montañas eran uno de los lugares con más riqueza mineral de Shakuras. Al final, Vorazún había convencido al resto de la Jerarquía de abandonar los planes de explotar el sitio.

—Y aun así, ya no sigues tus propias enseñanzas —dijo Telus—. Te has vuelto como Mohandar. Otra voz vacía en la Jerarquía. ¿Pero qué más podíamos esperar de la hija de Raszagal?

Mohandar se lanzó hacia adelante.

—Tratarás a la difunta Matriarca con respeto.

Vorazún colocó una mano en el hombro del anciano para calmarlo. Ya estaba acostumbrada a que la compararan con Raszagal. Los demás miembros de la Jerarquía muchas veces expresaban su deseo de que fuera más como su madre. Usaban el nombre de Raszagal como arma para avanzar sus planes, una estrategia muy astuta dado que la Matriarca no estaba allí para avalar u oponerse.

Como reacción a este mal uso del nombre de Raszagal, muchos jóvenes nerazim habían comenzado a verla bajo otra luz. Veían su calma inquebrantable y su filosofía de unidad como signos de debilidad. Vorazún era en gran parte responsable por este giro en el modo en que se veía a su madre. Más de una vez había criticado abiertamente sus decisiones. Era una táctica para neutralizar el uso simbólico que los otros miembros de la Jerarquía hacían de su madre. Pero Vorazún sabía que era algo más que eso. En el fondo, quería distanciarse de Raszagal. Quería salirse de su sombra inmensa y crear su propio legado.

—Todavía no me he dado por vencida —protestó Vorazún—. Me he manifestado en contra del modo en que Artanis se manejó con el accidente.

—Un gesto para calmar a tus seguidores, nada más —respondió Telus.

—Hay más... —Vorazún se preguntaba cuánto más debía decir, en especial en presencia de Mohandar, pero no tenía sentido seguir callando—. Creo que lo mejor para los nerazim sería abandonar la Armada Dorada. Abrimos las puertas de nuestro mundo a los protoss de

Aiur para darles refugio, pero eso no significa que tengamos que pelear sus guerras. ¿Cuántos nerazim morirán si los ayudamos a recuperar su mundo de las garras de los zerg? Miles, como mínimo. Debemos preservar nuestras vidas para proteger Shakuras y nuestra cultura, no sacrificarnos por un planeta que no es nuestro.

Mohandar se volvió para mirarla pero no dijo nada.

—Por eso estoy aquí —siguió Vorazún—. Los protoss de Aiur planean enviar soldados para obligarlos a rendirse. ¿Entiendes lo que pasará si eso sucede? Los nerazim de la ciudad, de todo Shakuras, se enfrentarán con los protoss de Aiur. Habrá violencia. Quizás incluso muertes. Quiero protegerlos, a ustedes y al resto de los nuestros.

—*¿No es mejor morir con el fuego aún quemando en la sangre que vivir para ver nuestra cultura perderse en la noche?* —dijo Telus, citando otra parte del discurso de Vorazún—. Diles a los protoss de Aiur que vengan. No nos rendiremos sin dar batalla. *Korshala Adún*, Maestra.

Y con eso se fue, desapareció en las profundidades de la Ciudadela.

—*Korshala Adún...* —repitió Mohandar.

—Lo oí —respondió Vorazún. ¿Qué estaba pensando Telus? "*Korshala Adún*" era una frase que usaban los nerazim antes de salir a la batalla. Era una despedida que significaba "Hasta que volvamos a encontrarnos con Adún", e indicaba que el guerrero no esperaba regresar vivo—. No puede querer decir que...

La tierra gimió y tembló bajo los pies de Vorazún. Sus músculos se contrajeron en el esfuerzo por mantener el equilibrio y la postura erguida. Una explosión había volado el techo de la Ciudadela, iluminando el patio interno con una luz verde esmeralda. Vorazún tomó a Mohandar del antebrazo y lo empujó contra la pared del edificio. A su alrededor,

llovieron pedazos de roca que impactaron contra el suelo con tanta fuerza que le sacudieron el cráneo.

Cuando paró el temblor, Vorazún analizó los daños. La terminación puntiaguda en forma de espira de la Ciudadela se había transformado en una corona de metales retorcidos y piedra resquebrajada. La intención de la explosión no era destruir la Ciudadela. Era despertar a todo Talématros.

Telus, y los demás que estaban adentro, querían público para lo que vendría.

—Hay mas —dijo Mohandar.

—¿Más qué?

—Explosiones. Artanis me contactó por el enlace psiónico. Estallaron bombas en algunos astilleros orbitales. Parecería que no hay víctimas. —Mohandar se quedó en silencio unos momentos mientras terminaba de hablar con Artanis—. El Jerarca estará aquí pronto. Cuando llegue, Selendis y sus zelots se transposicionarán a la Ciudadela para capturar a los rebeldes.

—Eso es exactamente lo que quiere Telus. —Vorazún sacudió la cabeza. Su esperanza había sido que todo esto fuera sólo una protesta, un acto de desobediencia para avergonzar e irritar a la Jerarquía—. Quiere sacrificarse en una lucha contra los protoss de Aiur. ¿Cómo puede ser tan estúpido? Tenemos que entrar. Yo puedo convencerlo. A mí me va a escuchar.

Mohandar se balanceó en silencio, el sistema de enlace psiónico de su guantelete emitía pulsos de energía. Finalmente dijo:

—Ya le he explicado todo eso al Jerarca. Cree que es demasiado peligroso que entremos solos.

—Todavía hay una posibilidad de resolver esto de manera pacífica.

—Artanis nos ha pedido que nos retiremos por ahora —dijo Mohandar.

—Entonces vete. —Las palabras salieron un poco más ásperas de lo que Vorazún había querido. Volvió la espalda a Mohandar para ordenar sus pensamientos. No era culpa del anciano lo que estaba sucediendo. De algún modo, Vorazún temía que era culpa de ella. ¿Cómo no pudo anticiparlo de uno de sus propios partidarios? ¿Había habido alguna señal que ella hubiera pasado por alto?

Mohandar caminó lentamente hasta el campo de fuerza.

—Necesitarás un centinela para atravesar esto, o algún otro tipo de arma. Pero no tenemos tiempo para eso.

—¿Tenemos?

—Tienes razón. Si podemos terminar esto sin la intervención de los protoss de Aiur, será mejor para todos.

El bastón de Mohandar cayó al suelo con un repiqueteo. El anciano extendió las manos nudosas hacia el campo de fuerza, todo el cuerpo le temblaba con el esfuerzo. Un pequeño orbe verde esmeralda de energía del Vacío se formó entre sus palmas.

—¿Y bien? ¿Te vas a quedar ahí sin hacer nada o me vas a ayudar? —gimió el anciano con una voz psiónica que era casi un suspiro—. Soy viejo, pero todavía me quedan algunas sorpresas.

Vorazún comprendió de inmediato lo que estaba haciendo Mohandar. Soltó su báculo y extendió los brazos, mientras se concentraba en lo nunca visto. Se adentró en el éter, en el Vacío, y reunió toda la energía que pudo. Entre sus manos se formó una esfera que le adormeció la piel de las palmas. Al unísono, Vorazún y Mohandar canalizaron la energía hacia el campo de fuerza y abrieron un agujero en la barrera, una boca que les permitiría pasar a gatas.

Mohandar tropezó con los restos de un centinela desparramados por el corredor interno de la Ciudadela. Aparentemente, Telus y quien fuera que estuviera con él habían desarmado al centinela y le habían arrancado el generador de campo de fuerza, que después habían usado para crear una barrera permanente en la entrada de la Ciudadela. No era algo fácil de hacer. Los rebeldes entendían de tecnología y eran ingeniosos. En consecuencia, también eran peligrosos.

—Descansemos un momento. —Mohandar se desplomó contra la pared lisa, sin adornos, del corredor principal. El traspaso de la barrera le había consumido más energías de lo que había esperado. Otra vez la mente se le estaba poniendo neblinosa. Quería estar alerta para lo que venía.

—Por supuesto —Vorazún se apoyó contra la pared de frente a Mohandar y colocó el báculo a su lado. Lo miró fijo, con los ojos verdes como estrellas en el pasillo oscuro—. Gracias por venir conmigo.

—Debemos hacer algo. En eso tienes razón —dijo Mohandar—. Pero lo que dijiste antes sobre retirar a los nerazim de la Armada Dorada... —Se quedó a mitad de la frase. No quería sacar el tema ahora, pero todavía no podía creer que Vorazún estuviera considerando semejante idea.

—Sostengo lo que dije. ¿No alcanza con que les hayamos dado a los protoss de Aiur un nuevo hogar? —dijo Vorazún—. ¿Que los hayamos ayudado a construir la Armada Dorada? No está bien que los nerazim muramos en una guerra que no es nuestra.

—Aiur es el hogar de todos los protoss —respondió Mohandar—. Que vivamos allí o no importa muy poco. Es un símbolo, nos representa a todos.

—¿Y qué precio tendremos que pagar para recuperar ese símbolo?

—¿Es la pérdida de vidas lo que te asusta? ¿O la idea de que algunos de los nuestros elijan vivir en Aiur si la Armada Dorada triunfa? —preguntó Mohandar.

—Ambas —dijo Vorazún.

Su honestidad sorprendió a Mohandar, que por un momento sintió que lo había tomado con la guardia baja. Se quedó mirando a la joven nerazim en silencio. Quizás era la luz tenue, pero volvió a acordarse de lo mucho que Vorazún se parecía a su madre.

Los pensamientos de Mohandar regresaron a la estatua de Raszagal, al legado que ella había dejado. ¿Cómo recordarían los nerazim a Mohandar después de su muerte? ¿Dirían que sólo había sido un escalón entre Raszagal y Vorazún?, ¿un líder olvidable que había vivido primero a la sombra de Raszagal y luego a la de Vorazún, sin nunca proyectar la suya propia?

A pesar de las circunstancias, estos pensamientos eran entrañables para Mohandar. Estaban bien arraigados en los ideales nerazim de individualismo y legado. Estas eran las cosas que a los protoss de Aiur, colectivistas por naturaleza, nunca se les ocurrirían. Por lo menos, no a la mayoría.

Si Mohandar todavía estaba a tiempo de hacer una sola cosa que marcara la diferencia para su pueblo, sabía que necesitaría a Vorazún. No tenía la intención de manipularla. El modo en que Vorazún elegía vivir su vida dependía de ella. Lo único que él podía hacer era dar el ejemplo.

—Muy a menudo, sólo ves las diferencias entre nosotros y los protoss de Aiur —dijo Mohandar.

—Somos diferentes —agregó Vorazún—. Eso es lo que nos hace únicos.

—Sí. Pero también somos iguales. Lo que define a *todos* los protoss es nuestra predisposición a arriesgar la propia vida para proteger a los demás. A sacrificarnos por el bien de todos.

—*El bien de todos*. Eso es lo que define a los protoss de Aiur —respondió Vorazún.

—Pero también es nuestro legado. Siempre lo ha sido, desde que los primeros nerazim abandonaron Aiur para buscar refugio aquí.

—Los nerazim no abandonaron Aiur. Los expulsaron —rebató Vorazún.

—Porque los nerazim eran diferentes. Y los protoss de Aiur les temían por eso. Pero a pesar de ese pasado, tu madre les dio la bienvenida a los seguidores del Khala cuando más lo

necesitaban. Y lo hizo porque sabía que, de lo contrario, no sería mejor que esos protoss que habían expulsado a los nerazim.

Mohandar se despegó de la pared. Dio un paso torpe hacia adelante y se acercó a Vorazún.

—Tenemos que ser mejores que eso. *Podemos* ser mejores —dijo el anciano—. Nuestra cultura es fuerte, sobrevivirá al Daelaam. No es necesario destruir la unidad para preservarla. Si convences a nuestra gente de abandonar la Armada Dorada, estarás traicionando nuestro orgullo y nuestro honor, las costumbres nerazim que tanto quieres proteger.

Vorazún no dijo nada. Con los ojos entornados, analizaba las palabras de Mohandar.

—Yo soy viejo —siguió Mohandar—. Cuando muera, tú te transformarás en la Matriarca de nuestro pueblo. Te seguirán a ti como siguieron a tu madre y como me siguen a mí. Tu palabra decidirá su destino. Por eso, debes encontrar el equilibrio entre la protección de nuestro pueblo y la unidad.

Mohandar sostuvo en alto una mano arrugada. El sistema de enlace psiónico emitía un pulso brillante.

—Artanis y Selendis se transposicionarán en la ciudad en poco tiempo. Debemos avanzar. Rápido. Si Telus no entra en razón, ¿estás preparada para enfrentarlo?

—Me escuchará —insistió Vorazún.

Pero Mohandar percibía la intranquilidad y confusión en sus pensamientos. "*Korshala Adún*" era una frase que no se usaba a la ligera. Retirar una declaración de sacrificio era un acto de cobardía.

—Vamos —dijo el anciano mientras comenzaba a avanzar por el pasillo—. Veamos qué nos espera.

Atravesaron la Ciudadela en silencio hasta llegar a la cámara interna. La enorme puerta que llevaba al interior estaba abierta, como una invitación a lo desconocido que yacía dentro. Vorazún entró primera, los músculos tensos y la mente alerta. Se detuvo en la entrada; la destrucción calculada infligida en la sala de reuniones del Daelaam la había tomado por sorpresa.

Las antecámaras y corredores de la Ciudadela eran austeros y poco interesantes. Pero el corazón, donde trabajaba la Jerarquía, era otra cosa. Había cambiado con los años. En su encarnación actual, se caracterizaba por los diseños intrincados de las paredes y los estandartes coloridos que representaban las diversas tribus protoss. A los costados de la sala, había habido paneles de cristal que mostraban un bosque de estrellas y galaxias, proyecciones en tiempo real del espacio, tal como lo capturaban los satélites que orbitaban Shakuras.

Ahora todo era diferente. Cicatrices interrumpían los hermosos diseños de las paredes. Los paneles de cristal estaban hechos añicos. A excepción de los nerazim, los estandartes coloridos habían desaparecido y ahora en su lugar se veían largos paños con veintisiete gemas bordadas, versiones más pequeñas del estandarte gigante que colgaba fuera de la Ciudadela.

Telus no estaba sólo. Lo acompañaban otros cuatro nerazim, todos con la cara parcialmente cubierta por máscaras hechas con calaveras de hidraliscos. Los cinco rebeldes estaban reunidos alrededor del bloque de metal inmenso que la Jerarquía usaba como mesa de reuniones. Sobre la mesa resplandecía una imagen holográfica de la Ciudadela que

mostraba un flujo de datos constante. Aparentemente, Telus y sus seguidores habían tomado el control de todos los sistemas de seguridad de la Ciudadela.

Vorazún observó al resto de los rebeldes nerazim mientras esperaba a Mohandar. A pesar de las máscaras que usaban, parte de las caras quedaban al descubierto y Vorazún se dio cuenta de que los aliados de Telus eran jóvenes guerreros que habían asistido a sus discursos. Todos estaban armados con un guantelete de cuchilla de transposición y vestidos con ropajes púrpuras.

Los cinco rebeldes despegaron los ojos de la holoimagen para mirar a los recién llegados. No intentaron ningún movimiento ni hacia Vorazún ni hacia Mohandar. Mostraban una actitud calma y confiada.

—Los vimos atravesar el campo de fuerza. —Telus señaló el holograma. Su voz expresaba enojo—. Están perdiendo el tiempo. No tengo nada más que decirles, a ninguno de los dos. Si no han venido a unirse a nosotros, entonces tengo que suponer que vienen a enfrentarnos.

—Escúchame —suplicó Vorazún. Sabía que sólo tendría una posibilidad de convencer a Telus—. Tú me conoces. Tú sabes lo que yo intento...

—Yo te conocía. —Las palabras de Telus ardían con la furia helada de una cuchilla de transposición nerazim. Su pura potencia fue una estocada de dolor en la mente de Vorazún—. Viví bajo tu sombra durante muchos años. Aprendí nuestras costumbres de ti. Me formé con tu entrenamiento y tu sabiduría. Pero ahora proyecto mi propia sombra. Creo que la tuya se ha vuelto... vacía.

—¿Qué esperas obtener con todo esto? ¿Te sacrificarás para incitar la violencia entre los protoss? —Mientras hablaba, Vorazún percibió un cambio en Mohandar. Su forma marchita irradiaba una energía psiónica intensa, como un músculo tenso, listo para entrar en acción.

—En cierto modo —respondió Telus—. Le daremos a nuestro pueblo el empujón que necesita para liberarse de este estúpido Daelaam y su guerra. Sí, habrá violencia. Sí, morirán protoss de Aiur y morirán nerazim. Pero las pérdidas que sufriremos serán mucho menores que las que tendríamos si participáramos en la invasión de Aiur.

Un orbe rojo se encendió sobre el holograma de la Ciudadela. Flotaba en el aire, titilando suavemente.

—Los sensores detectan un prisma de transposición en lo alto —informó uno de los seguidores de Telus—. Son Selendis y sus zelots. Están escaneando los corredores internos.

Vorazún comprendió que no había más tiempo para debates. Mohandar y ella tenían que actuar. Por mucho que quisiera creer que Telus y los demás entrarían en razón, en el fondo sabía que no era cierto. Vorazún asintió brevemente en dirección a Mohandar y se preparó para lo que estaba por venir.

—Si lo que quieres es derramar la sangre de los protoss de Aiur, primero tendrás que derramar la nuestra —dijo Mohandar.

Los rebeldes intercambiaron miradas de cautela. Todos menos Telus, que adoptó una posición de combate. Clavó en Vorazún los ojos verdes, encendidos por una furia helada y virtuosa.

Recuerda lo que dije, joven. Debes encontrar el equilibrio..., la voz de Mohandar sonaba tranquila en la mente de Vorazún, sus palabras eran sólo para ella. Cuando lo miró a los ojos, vio una mezcla fugaz de alegría y pena.

Entonces, Mohandar desapareció. Una nube de humo denso implosionó en el aire. Todo lo que quedó fue el bastón, que cayó hacia adelante. Medio segundo después, el anciano volvió a materializarse detrás de uno de los rebeldes nerazim. Mohandar atacó las puntas de los

cordones neurales cercenados del guerrero con la palma abierta. Un rayo de energía esmeralda del Vacío estalló en el punto de impacto. El joven nerazim perdió el control del cuerpo antes de poder siquiera reaccionar. Se desplomó, ahora sólo un bulto inerte.

No estaba muerto, sólo inconsciente. Mohandar había enviado una explosión de energía del Vacío a través de los cordones neurales cercenados del enemigo. Una técnica de combate no letal creada por los nerazim.

De los guanteletes de Telus y los rebeldes que quedaban sisearon cuchillas de transposición verde esmeralda. Todos giraron en dirección a su compañero caído pero Mohandar ya se había envuelto otra vez en las sombras. Era más ágil de lo que su compañera había creído.

Vorazún aprovechó la distracción y abrió la mente para buscar las energías del Vacío que yacían más allá del velo de lo físico. Un fuego frío, tan familiar después de una vida de entrenamiento, se encendió en las profundidades de su pecho y se expandió por sus huesos. Tejió las energías primarias a su alrededor, las usó para camuflarse y saltar hacia adelante a gran velocidad.

Volvió a aparecer ante el rebelde nerazim más cercano, un hombre joven cuyos cordones cercenados estaban adornados con pequeños huesos zerg. Vorazún golpeó al guerrero con el talón y le destrozó el guantelete. La cuchilla de transposición del rebelde chisporroteó y desapareció. Vorazún giró alrededor de su adversario y le estrelló la palma contra las puntas de los cordones neurales para llenarle el cuerpo de energía del Vacío. El guerrero cayó de rodillas y se desplomó.

En el tiempo que a Vorazún le había llevado incapacitar a su nerazim, Mohandar ya se había ocupado de otros dos rebeldes. Estaba apoyado sobre la mesa del centro, temblando de agotamiento.

Vorazún buscó a Telus en la sala. Se había ido, estaba oculto.

En medio de un golpe.

Vorazún se echó hacia un costado para esquivar el ataque, pero nunca llegó. Al menos no para ella.

Telus reapareció en medio de una masa de humo turbulenta. Era un borrón de telas violetas, gemas verdosas y huesos zerg repiqueteantes. Su cuchilla de transposición describió una medialuna esmeralda en el aire y se clavó limpia en la espalda de Mohandar. La punta de la hoja asomó por el pecho del anciano. Había sido un ataque certero. Un solo golpe letal.

Telus dio un salto mortal hacia atrás y volvió a camuflarse. Mohandar se desplomó sobre la mesa, el cuerpo atravesado en el holograma de la Ciudadela. Se estremeció una vez. Dos. Se aferró a la mesa, desesperado por encontrar firmeza ahora que las fuerzas lo abandonaban.

—¡Mohandar! —Vorazún corrió hacia él. Dejó caer el báculo para atrapar al anciano antes de que cayera. Quedó de rodillas, con Mohandar entre los brazos, los ropajes gastados empapados en sangre violeta. Mohandar miró a Vorazún; la luz de sus ojos se extinguía y con los dedos huesudos y nudosos le tocaba la cara.

—Matriarca Raszagal... te he extrañado... —La voz del anciano era como una sombra, débil y sin vida—. Has regresado... ¿Pero cómo puede ser? ¿Cómo... puede...?

Murió en brazos de Vorazún.

Ella se quedó ahí, acunando al anciano sin poder creerlo. No estaba muerto. No podía estar muerto.

Pero sí estaba. Ella lo sabía.

La furia y el dolor le hervían en la sangre y pulverizaban su incredulidad. El arrebató de emociones le hacía temblar todo el cuerpo. Con un crujido, se formó a su alrededor un aura indómita y resplandeciente de energía del Vacío, tentáculos de luz esmeralda restallaban en toda la sala.

—¡Telus! —aulló Vorazún.

Una ola de calor la abofeteó por la derecha. El instinto se puso en marcha. Vorazún tomó el báculo del suelo y apartó el cuerpo de Mohandar a un costado. Rodó hacia atrás justo cuando Telus atacó. La cuchilla del joven atravesó el aire vacío y se clavó en la mesa.

—¡No eres el guerrero que yo entrené! —La fuerza del grito psiónico de Vorazún sacudió las paredes lastimadas de la sala. La nerazim atrajo las energías del Vacío a su báculo y encendió una cuchilla de transposición en cada uno de sus extremos. Lo hizo girar en el aire para probar el agarre.

—Tú me enseñaste que si vivimos en la sombra de otro durante demasiado tiempo, nunca descubriremos quiénes somos realmente y de qué somos capaces. —Telus dio un paso al costado hacia la derecha de Vorazún, con la cuchilla de transposición todavía centelleando desde el guantelete.

—¿Y esto es lo que eres realmente? ¿Este es el legado que has elegido dejar? ¿Un legado de sangre? —Vorazún bordeaba la sala mientras replicaba los movimientos de Telus—. ¿De muerte?

—Yo elijo un futuro en el que los nerazim podamos dictar los términos de nuestro destino —respondió Telus—. Elijo un futuro en el que podamos alzarnos con orgullo, ¡en el que no seamos forasteros en nuestro propio planeta!

En el holograma de la Ciudadela, aparecieron trece luces rojas. Selendis y sus zelots se habían transposicionado a los pisos más altos del edificio. Los sistemas de seguridad los rastreaban mientras descendían hacia la sala de reuniones. Vorazún miró las luces, después de nuevo a Telus.

—¿Y me vas a matar a mí también? —preguntó.

—Si me obligas... —contestó—. *Korshala Adún.*

—*Korshala Adún.*

Al unísono, los guerreros se envolvieron en sombras para esconder sus movimientos.

Vorazún usó toda su fuerza de voluntad para hacer a un lado su ira y sus emociones violentas. No la ayudarían. Este era un duelo de guerreros nerazim, una prueba de voluntades y de paciencia. Un golpe, eso era todo lo que se necesitaría para saber quién vivía y quién moría.

Percibió movimiento a su izquierda y se lanzó hacia la figura invisible. Avanzó hasta que decidió que su adversario debía estar al alcance. En ese momento, se deshizo de su manto de sombras y blandió el arma.

Telus hizo lo mismo. Había pronosticado bien los movimientos de Vorazún.

Pero no lo suficiente.

Su arma laceró el hombro desprotegido de Vorazún al mismo tiempo que ella le enterraba una de las cuchillas de transposición de su báculo en el pecho. Un géiser de sangre violeta

brotó de la herida de Telus y salpicó toda la mesa de reunión. El joven guerrero se desplomó.

Vorazún luchó contra el dolor que le atenazaba el brazo. No era una herida grave. Se acercó hasta donde Telus había caído con la idea de rematarlo, pero cuando lo vio ahí, al borde de la muerte, ya no pudo encontrar la misma ira. El guerrero era como un hijo para ella.

Todo era confusión y pérdida para Vorazún. Había ido a la Ciudadela a proteger a los nerazim, a evitar que se siguiera derramando sangre. Había fracasado.

—Hice todo... por nuestro pueblo... —La voz de Telus era débil, como de un fantasma en algún lugar del Vacío.

—Lo sé. —Vorazún dejó caer su báculo y se arrodilló junto al joven guerrero. Le tomó la mano, casi segura de que la iba a rechazar. Pero no fue así. Telus le aferró la mano con fuerza sorprendente.

—Parto... a la noche eterna —dijo Telus—. Protege nuestra cultura... como prometiste...

—Lo prometo —dijo Vorazún mientras los ojos de Telus se iban apagando—. Lo prometo.

De afuera de la cámara, se oían los pasos pesados de Selendis y sus zelots armados. Vorazún no los registró, toda su atención estaba fija en los muertos. De un lado Mohandar. Del otro Telus. Dos nerazim que ella había conocido y amado de formas diferentes.

Uno, su maestro; el otro, su aprendiz. Uno, el pasado; el otro, el futuro.

Y en el medio, atrapada entre los dos, estaba Vorazún.

—Está saliendo —dijo Selendis por el enlace psiónico—. Nosotros nos ocuparemos de los demás.

Su voz no traicionaba ninguna emoción, pero Artanis sentía la agitación de Selendis en el Khala. Él mismo casi no podía contener sus propias inquietud y furia que bullían por el mosaico comunitario que unía las emociones de los protoss de Aiur como si fueran una. Nada había salido como lo habían planeado.

Nada.

Artanis entendía por qué Vorazún y Mohandar no habían obedecido sus órdenes. Los rebeldes habían planeado sacrificarse ante los protoss de Aiur para comenzar una revolución en Shakuras. La intervención de Mohandar y Vorazún había impedido eso, pero el costo había sido alto.

Su mente volvió al informe que Selendis le había dado sobre la muerte de Mohandar. A Artanis todavía le costaba aceptar que el anciano se hubiera ido. Mohandar había sido uno de los miembros más sabios de la Jerarquía, y un aliado crucial en el afianzamiento de la relación con los nerazim.

Yo podría haber prevenido esto, pensaba. Tendría que haber enviado un equipo de zelots antes de que la explosión despertara a la ciudad, antes de que Mohandar y Vorazún entraran.

Más que eso: Artanis sabía que tendría que haber hecho más para apaciguar a los nerazim después del incidente de la Armada. Circunstancias fuera de su control le habían impedido tomar las medidas necesarias. Los nerazim no habían sido las únicas bajas ese día. Dos pilotos de fénix —dos seguidores del Khala— también habían perdido la vida. Muchos protoss de Aiur habían expresado su indignación después del incidente. Culpaban a los

pilotos nerazim de la nave de transporte por lo que había sucedido. Algunos de los propios guerreros de Artanis habían planteado que no era conveniente seguir luchando junto con los nerazim, que el ejército debería dividirse en dos fuerzas separadas para evitar futuras catástrofes.

Artanis había optado por dedicarse a aplacar a estos protoss de Aiur en lugar de asistir al funeral nerazim. No había sido una decisión fácil: hiciera lo que hiciera corría el riesgo de alienar a la mitad del Daelaam. Pero también sabía que era vital mantener fuerte el núcleo de la Armada, y eso significaba concentrar sus esfuerzos en los seguidores del Khala, sin importar las consecuencias.

Le había llevado días a Artanis calmar las tensiones entre los protoss de Aiur. Al final, habían comprendido que la misión de la Armada era más importante que sus rencores personales. A través del Khala, el pueblo de Artanis había encontrado el equilibrio y regresado a un estado de cooperación. Pero no había sucedido lo mismo con los nerazim. Muchos no le perdonaban a Artanis el incidente y el modo en que lo había manejado.

Muchos, Vorazún entre ellos. Ahora que Mohandar estaba muerto, ella sería la líder de los nerazim. Este cambio inesperado preocupaba a Artanis. Vorazún y él no solían coincidir en nada, pero Artanis se había sorprendido con la actitud que la nerazim había adoptado hoy. Había arriesgado la vida para detener a los rebeldes nerazim. ¿Lo habría hecho para debilitar la autoridad de Artanis en Talématros? ¿O eran más nobles las intenciones que la impulsaban?

Artanis no lo sabía. Ya no estaba seguro de qué pensar de Vorazún.

Se paseaba intranquilo al pie de las escaleras que iban a la Ciudadela, los ojos fijos en la multitud allí reunida. Para cuando Artanis había llegado a Shakuras, ya había cientos de protoss en el edificio. Se habían dispuesto en dos grandes grupos: los protoss de Aiur en sus ropajes elegantes de color azul y dorado, y los nerazim en sus mantos oscuros y

rasgados, adornados con trofeos de hueso zerg. Entre la multitud ya corrían rumores sobre lo que estaba sucediendo en la Ciudadela. Encendidos por las historias que circulaban y los viejos rencores arraigados, los dos bandos estaban preparados para el enfrentamiento.

Artanis había convocado a decenas de zelots armados para evitar el derramamiento de sangre. También había llamado a guerreros nerazim a pesar de que, en un principio, había preferido no incluirlos en el equipo de asalto de Selendis. Estos soldados del Daelaam ahora estaban apostados entre los protoss de Aiur y los nerazim, una línea de defensa irrisoria si llegaba a estallar la violencia.

De pronto, un murmullo sordo y apagado de voces psiónicas se elevó desde la multitud. Tanto los ojos de los protoss de Aiur como los de los nerazim estaban fijos en un punto sobre el hombro de Artanis. El Jerarca giró y vio lo que ellos veían: una figura en la niebla, ahora ligera, de pie en lo alto de las escaleras.

Era Vorazún, y llevaba un cadáver en los brazos.

Los brazos de Vorazún ardían de cansancio. De la herida superficial que tenía en el hombro manaba sangre violeta. La nerazim se arrodilló y acomodó a Mohandar a sus pies. Cuando volvió a ponerse de pie oyó las voces psiónicas de la multitud, un coro de descontento que se intensificaba como los vientos antes de una terrible tormenta.

—Típico comportamiento nerazim. Traidores.

—Protoss de Aiur, ¿cómo pueden juzgar si todavía no saben qué sucedió?

—¡La Ciudadela pertenece a los nerazim! ¡Nuestros ancestros la construyeron!

—¿Así resuelven sus problemas los protoss de Aiur?, ¿con fuerza bruta?

—Parecería ser que es la única forma de tratar con ustedes, nerazim.

—¿Ven el cuerpo? ¡Es Mohandar!

Varios nerazim con velos oscuros arremetieron contra los soldados del Daelaam que se interponían entre ellos y los protoss de Aiur. La amenaza de violencia se propagó como una enfermedad infecciosa. Más protoss comenzaron a empujar para desarmar la línea de soldados.

—¡Alto! —Vorazún se esforzó para proyectar la voz por encima del ruido de la multitud pero no surtió efecto.

—*¡Mohandar está muerto!* —gritó un nerazim no identificado—. Esto es obra de los protoss de Aiur.

—¡Fuimos nosotros! —respondió Vorazún—. ¡Nosotros hicimos esto!

Esta vez, la multitud la oyó. Uno a uno, los protoss dejaron de moverse y giraron hacia Vorazún. Las caras de los nerazim reflejaban inquietud. Los protoss de Aiur no eran tan fáciles de leer, pero Vorazún sabía que debían estar experimentando su propia confusión en el Khala.

—Fue un nerazim el que eliminó a Mohandar —siguió Vorazún—, y fueron nerazim los que tomaron la Ciudadela. Querían enfrentarnos con los protoss de Aiur y disolver el Daelaam. Pero... —Vorazún dejó la frase en suspenso, no del todo segura de qué quería decir.

Miró el cuerpo de Mohandar, que yacía muerto en el suelo. Ahora que el anciano ya no estaba, el liderazgo de los nerazim recaería en Vorazún. Ella tenía el poder de decidir el futuro de su pueblo... de su mundo.

Vorazún podía persuadir a los nerazim de abandonar la Armada. De ese modo salvaría vidas nerazim, pero el recuerdo de cómo su pueblo le diera la espalda a los protoss de Aiur cuando más lo necesitaban quedaría grabado en la historia. Una decisión tan extrema no era la respuesta. Sólo llevaría más rencor a las relaciones entre los dos pueblos, y eso generaría más rebeldes violentos como Telus. El Daelaam no sobreviviría a semejante tensión. Se desmoronaría desde adentro.

Mohandar tenía razón: los nerazim podían ser mejores. Vorazún necesitaba encontrar el equilibrio entre la unidad y la protección de su pueblo. Y Aiur era fundamental para ese equilibrio.

—Sé que muchos nerazim temen por nuestro futuro —dijo finalmente Vorazún—. Yo también. Este Daelaam no ha sido fácil. Ha puesto a prueba nuestra determinación. Pero somos nerazim. Nuestros ancestros desafiaron lo desconocido y llegaron a este planeta para forjar una nueva identidad. No necesitamos abandonar a nuestros aliados para preservarla. Posee la fuerza necesaria para sobrevivir *a cualquier cosa*, ¿o no?

Vorazún vio cómo cambiaba la actitud de los nerazim. Pequeñas modificaciones en la postura y las expresiones faciales indicaban que estaban de acuerdo con ella. Su furia se había aplacado.

—Es nuestro deber apoyar el Daelaam y ayudar a los protoss de Aiur a recuperar su mundo natal —continuó Vorazún, con voz cada vez más segura—. La guerra se cobrará vidas, pero serán vidas perdidas por una causa justa. Y al final, en la gloria o la derrota, ¡seguiremos siendo nerazim!

La multitud se dispersó pacíficamente. Entonces, los zelots escoltaron a los prisioneros nerazim fuera de la Ciudadela. Campos de energía azul centelleantes envolvían a los jóvenes rebeldes. Bandas de metal cobrizo les amarraban las manos con energías psiónicas. Ninguno de los rebeldes se animó a mirar a Vorazún a los ojos cuando pasaron por su lado. Ya hablaría con ellos después.

Los últimos dos zelots cargaban el cuerpo de Telus.

—Apóyenlo aquí. —Vorazún señaló el lugar donde yacía el cadáver de Mohandar.

—¿Junto a Mohandar? —preguntó uno de los zelots—. Este es un asesino.

—Aun así, merece ritos funerarios. Es costumbre entre los nerazim.

Tras un breve momento de duda, los zelots dejaron el cuerpo de Telus en el suelo. Vorazún se arrodilló para inspeccionar al nerazim muerto. Tenía el manto empapado de sangre en la parte del pecho donde ella le había asestado el golpe letal. Le tocó la frente y susurró:

—Peleaste bien, joven.

—Es muy noble de tu parte mostrarle tanto respeto.

Artanis se acercó a Vorazún, ataviado con sus galas de batalla. Se arrodilló cerca del cuerpo de Mohandar y tomó una de las manos frías y arrugadas del anciano.

—Hizo lo que consideró mejor para su gente —respondió Vorazún—. Y era un amigo.

Artanis asintió.

—Yo también he perdido amigos, y temo que perderé muchos más en los días que se avecinan. Pero con el apoyo de los nerazim, sé que venceremos y recuperaremos Aiur. Quiero agradecerte por lo que dijiste, y por lo que hiciste en la Ciudadela. Serás una gran líder para tu pueblo.

—¿Apoyarás mi nombramiento?

—Sí —dijo Artanis.

La respuesta fue una sorpresa para Vorazún. Levantó la vista del cuerpo de Telus y miró a Artanis a los ojos.

—Ayudaré con la invasión en todo lo que pueda —dijo—. Pero yo no soy Mohandar, ni soy Raszagal. No puedo dedicar todas mis fuerzas a la guerra y dejar este planeta desprotegido. Por eso, debo permanecer aquí con un contingente de guerreros nerazim para velar por Shakuras.

—Lo entiendo, y honraré esa decisión. —Artanis se puso de pie y le ofreció una mano a Vorazún—. Tú sabes lo que es mejor para tu pueblo y tu mundo.

Vorazún tomó la mano del Jerarca y se puso de pie.

—¿A dónde los llevamos ahora? —Artanis señaló los cuerpos—. Si me lo permites, me gustaría llevar a Mohandar y asistir a los ritos funerarios.

—¿Tendrás tiempo con todos los preparativos para la Armada? —Vorazún sabía que Artanis podía ofenderse con la pregunta, pero era una duda legítima. Para su sorpresa, el Jerarca no mostró ningún signo de irritación.

—A partir de ahora, me haré tiempo.

Vorazún asintió y luego alzó a Telus. Artanis hizo lo mismo con Mohandar.

Juntos, descendieron por las escalinatas de la Ciudadela. Los cristales esmeralda y bermellón refulgían en el nivel más alto de Talématros, señal de que comenzaba un nuevo día.

Y entre las estrellas, invisible para los ojos de los mortales, decenas de miles de protoss continuaban trabajando en la Armada Dorada. Un día no muy lejano, partiría hacia Aiur. De los nerazim que emprendieran el viaje, muchos nunca volverían. Pero siempre se los recordaría, y de sus sombras, nacería un glorioso nuevo legado.